

Marina ZARAGOZÀ PÉREZ
(Universidad de Valencia) | **Aspectos de cultura popular en las novelas de Vicente Blasco Ibáñez**

Abstract: (Questions of Folk-Lore, of Popular Culture, within Vicente Blasco Ibáñez Novels) We present subject matters related to popular culture in three of Blasco Ibáñez's novels, namely: *Cañas y Barro*, *Flor de Mayo* and *La Barraca*. In *Cañas y Barro* we shall analyse in relation to the festivities of the Child Jesus two passacaglia, the mass and the "albaes" serenades or songs sung by a group at dawn and accompanied by a dulzaina a tabour. In *Flor de Mayo*, we observe the festivities of the Holy Week and Easter with the Burial of the Lord and the Meeting with His Mother on the morning of the Resurrection.

The death of a baby-called the albaet-and its ulterior burial are found primarily in *La Barraca* and just a little in *Cañas y barro*. Blasco Ibáñez's novels are wrote in Spanish, though he uses too Catalan, French and Italian.

Keywords: Popular Culture, Music, Mass, Easter, Albaet

Resumen: Presentaremos algunos temas de cultura popular en tres novelas de Vicente Blasco Ibáñez: *Cañas y barro*, *Flor de Mayo* y *La Barraca*. En *Cañas y barro*, estudiaremos dentro de las fiestas de Niño Jesús, dos pasacalles, la Misa y les "Albaes", que son serenatas o canciones de grupo al amanecer, precedidas de la dulzaina y el tamboril. En *Flor de Mayo*, veremos las fiestas de Semana Santa y Pascua, con el Entierro de Jesús y el Encuentro con su Madre la mañana de Resurrección. El tema de la muerte de un niño (en valenciano Albaet) y su posterior entierro, lo encontramos sobre todo en *La Barraca* y un poco en *Cañas y Barro*.

Las novelas de Blasco Ibáñez están escritas en castellano, aunque a veces utiliza también el catalán, el francés y el italiano.

Palabras clave: Cultura Popular, Música, Misa, Pascua, Albaet

Estudiaremos algunos aspectos de cultura popular que también podemos observar a través de las novelas de Vicente Blasco Ibáñez: 1.- Los pasacalles, la Misa festiva, les albaes, 2.- El Encuentro de Jesús y su Madre, 3.- La escuela, y 4.- El entierro de un niño pequeño, que nosotros llamamos "Albaet" y en castellano se llama "Obispillo o Escolar".

El hilo conductor de estas actividades esta vez será la música.

La importancia de la música en las obras de Blasco Ibáñez, ya se puso de relieve en el estudio de M^a Teresa Matéu, publicado en el Congreso Blasco Ibáñez. Nosotros, como siempre trataremos el tema de manera tangencial

Comenzaremos con un pasacalle por las calles del Palmar y posteriormente "Les Albaes", que describe Blasco Ibáñez en la novela *Cañas y Barro*.

Las fiestas en Valencia no se conciben sin el acompañamiento de las bandas de música, o los cantantes para les albaes o la misa, cuyos intérpretes eran de diversa procedencia. Hoy en todas las poblaciones tienen su banda de música y su agrupación coral, pero en aquellos días en los pueblos que no había Banda de música la alquilaban en un pueblo donde la hubiera.

La coral era siempre una agrupación particular que reunía las mejores voces de la provincia y la recorría pueblo a pueblo en el momento de sus fiestas, cantando la misa del

día de la fiesta grande y en algún pueblo participaba también en otras actividades, como por ejemplo en la *Carxofa* de Silla. Blasco Ibáñez dice que en todos los pueblos querían la Misa de Saverio Mercadante, porque era una misa donde la música de las barcarolas napolitanas era usada “a lo divino” y servía tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Nuestro magnífico novelista, recoge el bullicio, los comentarios, el ambiente de fiesta que se vivía en el Palmar esperando, la víspera de la fiesta, la banda de música de Catarroja y al otro día los músicos y cantores que formaban el grupo musical que cantarían y tocarían en la misa y también llegaría el famoso predicador que se encargaría del sermón. Oradores sagrados que utilizaban todos sus conocimientos de oratoria y de oratoria sagrada, para pronunciar unos sermones floridos, vibrantes y perfectamente estructurados, que eran muy bien acogidos por la feligresía, que no esperaba menos el día de la fiesta mayor.

1.- Blasco lo cuenta así:

“La víspera de la fiesta del Niño, por la tarde, casi todo el pueblo se agolpó entre la orilla del canal y la puerta trasera de la taberna de Cañamel.

Era esperada la música de Catarroja, el principal aliciente de las fiestas, y aquel pueblo, que durante el año no oía otros instrumentos que la guitarra del barbero y el acordeón de Tonet, estremecíase al pensar en el estrépito de los cobres y el zumbido del bombo por entre las filas de barracas. Nadie sentía los rigores de la temperatura. Las mujeres, para lucir sus trajes flamantes, habían abandonado los mantones de lana y mostraban los brazos remangados, violáceos por el frío. Los hombres llevaban fajas nuevas y gorros rojos o negros, que aún conservaban los pliegues de la tienda. Aprovechando la charla de sus compañeras, se escurrían hasta la taberna, donde la respiración de los bebedores y el humo de los cigarros formaban un ambiente denso que olía a lana burda y alpargatas sucias. Hablaban a gritos de la música de Catarroja, asegurando que era la mejor del mundo. Los pescadores de allá eran mala gente; pero había que reconocer que música como aquella no la oía ni el rey. Algo bueno habían de tener los pobres del lago. Y al notar que en la ribera del canal se arremolinaba la gente, lanzando gritos anunciadores de la proximidad de los músicos, todos los parroquianos salieron en tropel, y la taberna quedó vacía.

Por encima de los cañaverales pasaba el extremo de una gran vela. Al aparecer en un recodo del canal el laúd que conducía a la música, la muchedumbre prorrumpió en un grito, como si la enardeciera la vista de los pantalones rojos y los blancos plumeros que ondeaban sobre los morrioncillos.

La chavalería del pueblo, siguiendo la costumbre tradicional, luchaba por apoderarse del bombo. Metíanse los mozos agua adentro en aquel canal de hielo líquido, hundiéndose hasta el pecho con una intrepidez que hacía castañetear los dientes a los que estaban en al ribera.

Las viejas protestaban:

¡Condenats! ¡Pillaréu una pulmonía!

Pero los muchachos se abalanzaban a la barca, se agarraban a la borda, entre las risas de los músicos, pugnando porque les entregasen el enorme instrumento: “¡A mí!... ¡A mí!...” Hasta que uno, más audaz, cansado de pedir, lo agarró con tal ímpetu que casi fue al agua el gran tambor, y echándose al hombro, salió de la acequia, seguido por sus envidiosos compañeros.

Los músicos, al desembarcar, se formaban frente a la casa de Cañamel. Desenfundaban sus instrumentos, los templaban, y el compacto gentío seguía a los músicos, silencioso y con cierta veneración, admirando aquel acontecimiento, que se esperaba todo un año.

Al romper a tocar el ruidoso pasodoble, todos experimentaban sobresalto y extrañeza. Sus oídos, acostumbrados al profundo silencio del lago, conmovíanse, dolorosamente con los ruidos de los instrumentos, que hacían temblar las paredes de barro de las barracas. Pero, repuestos de esta primera sorpresa, que turbaba la calma conventual del pueblo, la gente sonreía dulcemente, acariciada por la música, que llegaba hasta ellos como la voz de un mundo remoto, como la majestad de una vida misteriosa que se desarrollaba más allá de las aguas de la Albufera.

Las mujeres se enternecían sin saber por qué, y deseaban llorar; los hombres, irguiendo sus espaldas encorvadas de barquero, marchaban con paso marcial detrás de la banda, y las muchachas sonreían a sus novios con los ojos brillantes y las mejillas coloreadas.

Pasaba la música como una ráfaga de nueva vida sobre aquella gente soñolienta, sacándola así del amodorramiento de las aguas muertas. Gritaban sin saber por qué, daban vivas al Niño Jesús, corrían en grupos vociferantes delante de los músicos, y hasta los viejos se mostraban vivarachos y jugueteros como los pequeñuelos que, con sables y caballitos de cartón, formaban la escolta del músico mayor, admirando sus galones de oro.

La banda pasó y repasó varias veces la única calle del Palmar, prolongando la carrera para que el público quedase satisfecho, metiéndose en los callejones que quedaban entre las barracas y saliendo al canal para retroceder otra vez a la calle, y el pueblo entero la seguía en estas evoluciones tarareando a gritos los pasajes más vivos del pasodoble.

Hubo, por fin, que dar término a este delirio musical, y la banda se detuvo en la plaza, frente a la iglesia. El alcalde procedió al alojamiento de los músicos. Se los disputaban las comadres según la importancia de los instrumentos, y el encargado del bombo, precedido por su enorme caja, tomaba el camino de la mejor vivienda. Los músicos, satisfechos de haber lucido sus uniformes, se arrebujaban en mantas de labriego, echando pestes contra la húmeda frialdad del Palmar.

Con la dispersión de la banda no se aclaró el gentío de la plaza. En un extremo de ella comenzó a sonar el redoble de un tamboril, y al poco rato se anunció una dulzaina con prolongadas escalas, que parecían cabriolas musicales. La muchedumbre aplaudió. Era Dimoni...

Su fama de músico le hacía ser llamado por los clavarios de todos los pueblos, y se le veía llegar carretera abajo, siempre erguido y silencioso, con la dulzaina en el sobaco, llevando al lado, como gozquecillo obediente, al tamborilero.

No había en toda la provincia dulzainero como Dimoni; pero buenas angustias le costaba a los clavarios el gusto de que tocara en sus fiestas. Tenían que vigilarlo desde que entraba en el pueblo. Aun así resultaban inútiles tantas precauciones, pues más de una vez, marchando grave y erguido, aunque con paso tardo, ante el estandarte de la cofradía, escandalizaba a los fieles rompiendo a tocar la Marcha Real frente al ramo de olivo de la taberna, y entonando después el melancólico *De profundis* cuando la peana del santo patrono volvía a entrar en la iglesia.

Y estas distracciones de bohemio incorregible, estas impiedades de borracho, alegraban a la gente. La chiquillería pululaba en torno de él, dando cabriolas al compás de la dulzaina y aclamando a Dimoni, y los solteros del pueblo se reían de la gravedad con que

marchaba delante de la cruz parroquial y le enseñaban de lejos un vaso de vino, invitación a la que contestaba con un guiño malicioso, como si dijera: “Guardadlo para después.”

Ese después era la felicidad de Dimoni, pues representaba el momento en que terminada la fiesta y libre de la vigilancia de los clavarios, entraba en posesión de su libertad en plena taberna....

Todas las miradas estaban fijas en Dimoni y su dulzaina.

-¡La abuela! ¡Fes l’agüela!

Y Dimoni, sin pestañear, como si no hubiera oído la petición general, comenzaba a imitar con su dulzaina el gangoso diálogo de dos viejas con tan grotescas inflexiones, con pausas tan oportunas, con escapes de voz tan chillones...

Pero, cuando se agotaba el repertorio burlesco, Dimoni...lanzábase en su mundo imaginario, y ante su público, silencioso y embobado, imitaba la charla de los gorriones, el murmullo de los campos de trigo en los días de viento, el lejano sonar de las campanas, todo lo que le sorprendía cuando, por las tardes, despertaba en medio del campo....

Su pareja... no lo abandonaba. Un buen mozo como él estaba expuesto a peligros; y no satisfecha con acompañarle en sus viajes de artista, marchaba a su lado al frente de la procesión, sin miedo a los cohetes y mirando con cierta hostilidad a todas las mujeres....

En la barca correo llegarían al día siguiente los músicos y cantores, y un cura célebre por su elocuencia, que diría el sermón del Niño Jesús, ensalzando de paso la sencillez y virtudes de los pescadores de la Albufera.

También es costumbre en Valencia esparcir “murta” al paso de las procesiones o por los lugares que se vayan a frecuentar. Hay un pasodoble del Maestro Serrano que se llama “L’entrà de la murta” que la describe como un carro lleno de flores, un labrador va guiando y otro esparciendo las flores. Flores, pero fundamentalmente mirto y arrayán que al pisarlos crean un ambiente perfumado. En las zonas de secano, en verano, esparcen flores de lavanda, que al pisarlas también desprenden un magnífico perfume que engalana todos los lugares de la fiesta. Y las tracas. Veamos cómo lo describe Blasco:

“Una barcaza estaba en la playa de la dehesa, cargando mirto y arrayán para esparcirlo en la plaza, y en un rincón de la taberna guardaba el polvorista varios capazos de *masclats*, petardos de hierro que se disparaban como cañonazos.

En la madrugada siguiente, el lago se conmovió con el estrépito de los *masclats*, como si en el Palmar se librara una batalla. Después se aglomeró en el canal la gente, mordiendo sus almuerzos metidos entre el pan. Esperaba a los músicos que venían de Valencia, y se hacía lenguas de la esplendor de los clavarios.

Al llegar la barca-correo, bajó a tierra primeramente el predicador, un cura gordo, de entrecejo imponente, con una gran bolsa de damasco rojo que contenía sus vestiduras para el púlpito. Sangonereta, impulsado por sus antiguas afabilidades de sacristán, se apresuró a encargarse del equipaje oratorio, echándoselo a la espalda. Después fueron saltando a tierra los individuos de la capilla musical: los cantores, con cara de gula y rizadas melenillas; los músicos, llevando bajo el brazo los violines y flautas, enfundadas de verde, y los tiples, adolescentes amarillos y ojerosos, con gestos de precoz malicia. Todos hablaban del famoso *all y pebre* que se hacía en el Palmar, como si hubiesen hecho el viaje solo para comer.

La gente los dejaba entrar en el pueblo sin moverse de la ribera. Quería ver de cerca los instrumentos misteriosos, depositados junto al mástil de la barca, y que unos cuantos mocetones comenzaban a remover. Los timbales, al ser trasladados a tierra, causaban asombro, y todos discutían el empleo de aquellos calderos, semejantes a los que se usaban

para guisar el pescado. Los contrabajos alcanzaron una ovación, y la gente corrió hasta la iglesia, siguiendo a los portadores de las guitarras gordas.

A las diez empezó la misa. La plaza y la iglesia estaban perfumadas por la olorosa vegetación de la dehesa. El barro desaparecía bajo una gruesa capa de hojas. La iglesia estaba llena de candelillas y cirios, y desde la puerta se veía como un cielo oscuro moteado por infinitas estrellas.

Tonet había preparado bien las cosas, ocupándose hasta de la música que se cantaría en la fiesta. Nada de misas célebres, que hacían dormir a la gente. Eso era bueno para los de la ciudad, acostumbrados a las óperas. En el Palmar querían la misa de Mercadante, como en todos los pueblos valencianos.

Durante la fiesta se enternecían las mujeres oyendo a los tenores, que entonaban en honor del Niño Jesús barcarolas napolitanas, mientras los hombres seguían con movimientos de cabeza el ritmo de la orquesta, que tenía la voluptuosidad del vals. Aquello alegraba el espíritu, según decía Neleta; valía más que una función de teatro y servía para el alma. Y mientras tanto fuera, en la plaza, trueno va y trueno viene, se disparaban las largas filas de masclets, conmoviendo las paredes de la iglesia y cortando muchas veces el canto de los artistas y las palabras del predicador.

Al terminar, la muchedumbre se detuvo en la plaza, esperando la hora de la comida. La banda de música, algo olvidada después de los esplendores de la misa, rompió a tocar en un extremo. La gente se sentía satisfecha en aquel ambiente de plantas olorosas y humo de pólvora, y pensaba en el caldero que les aguardaba en sus casas con los mejores pájaros de la Albufera.

Las miserias de su vida anterior parecían ahora un mundo lejano, al cual no habían de volver.

Todo el Palmar creía haber entrado para siempre en la felicidad y la abundancia, y se comentaban las frases grandilocuentes del predicador dedicadas a los pescadores, la media onza que le daban por el sermón y la espuerta de dinero que costaban, seguramente, los músicos, la pólvora, las telas con franjas de oro manchadas de cera que adornaban el portal de la iglesia y aquella banda que los ensordecía con sus marciales rugidos...

Pero aun no había acabado la fiesta; por la tarde- noche en la plaza se celebraba el baile. Blasco lo cuenta así dejándonos otra vez una lección de cultura popular:

“Grandes hachones de cera, que servían en la iglesia para los entierros, iluminaban la plaza. Dimoni tocaba con su dulzaina las antiguas contradanzas valencianas, la *chàquera vella* o el baile al estilo de Torrente, y la muchachas del Palmar danzaban ceremoniosamente, dándose la mano, cruzándose las parejas, como damas de empolvada peluca que se hubieran disfrazado de pescadoras para bailar una pavana a la luz de las antorchas. Después venía el *u y el dos*, baile más vivo animado por coplas, y las parejas bailaban briosamente, promoviéndose una tempestad de gritos y relinchos cuando alguna muchacha, al girar como una peonza, mostraba sus medias bajo la ondeante rueda de los zagalejos”.

Y ahora describe, después del baile, *les albaes*

“Antes de medianoche, el frío disolvió la fiesta. Las familias se retiraban a sus barracas; pero quedaron en la plaza los jóvenes, la gente alegre y brava del pueblo, que se pasaba los dos días de fiesta en completa embriaguez. Presentábanse con la escopeta o el retaco al hombro, como si para divertirse en un pueblo pequeño, donde todos se conocían fuese preciso tener el arma al alcance de la mano.

Organizábanse les albaes. Había que pasar la noche, según la costumbre tradicional, corriendo el pueblo de puerta en puerta, cantando en honor de todas las mujeres jóvenes y viejas del Palmar, y para esta tarea los cantadores disponían de un pellejo de vino y varias botellas de aguardiente. Algunos músicos de Catarroja, muchachos de buena voluntad, se comprometieron a corear la dulzaina de Dimoni con sus instrumentos de metal, y la serenata de les albaes comenzó a rodar en la noche oscura y fría, guiada por una antorcha del baile.

Toda la juventud del Palmar, con su vieja arma al hombro, marchaba en apretado grupo tras el dulzainero y los músicos, que agarraban sus instrumentos con la manta, temiendo el frío contacto del metal. Sangonereta cerraba la comitiva con el pellejo de vino. Con frecuencia creía llegado el momento de echar la carga al suelo y preparaba el vaso para refrescar.

Comenzaba la copla uno de los cantores, entonando los dos primeros versos con acompasado baqueteo del tamborcillo, y le contestaba otro completando la redondilla. Generalmente los dos últimos versos eran los más maliciosos, y mientras la dulzaina y los instrumentos de metal saludaban la terminación de la copla con un ruidoso ritornello, la gente joven prorrumplía en gritos y agudos relinchos y hacía salva disparando al aire sus retacos.

¡El diablo que durmiera aquella noche en el Palmar! Las mujeres, desde la cama, seguían mentalmente la marcha de la serenata, estremeciéndose con el estrépito y el tiroteo, y adivinaban su paso de una puerta a otra por las alusiones mortificantes con que saludaban a cada vecino...

...Los vasos circulaban por los grupos, aumentando el calor en medio de la helada noche, y los ojos eran cada vez más brillantes, así como las voces se hacían roncas.

En una esquina, dos jóvenes fueron a las manos por cuestiones de quién debía beber antes, y después de abofetearse se separaron algunos pasos apuntándose con las escopetas. Todos intervinieron y a golpes les quitaron las armas. ¡A dormir! ¡Les había hecho daño el vino: debían irse a la cama! Y los de les Albaes siguieron adelante con sus cantos y relinchos. Estos incidentes entraban en la diversión, todos los años ocurrían

A las tres horas de lento paseo por el pueblo, todos iban borrachos. Dimoni con la cabeza pesada y los ojos cerrados, parecía estornudar en la dulzaina y el instrumento gemía indeciso y vacilante como las piernas del tañedor. Sangonereta, viendo el pellejo vacío quería cantar, y coreado por un continuo ¡*Fòra, fòra!*!, entre silbidos y relinchos, improvisaba coplas incoherentes contra los ricos del pueblo...

La tercera copla fue para “Neleta, la mujer más resalada del Palmar”, compadeciéndola por estar casada con el tacaño Cañamel “que para nada servía”... Y a partir de esta copla, la serenata se convirtió en un venenoso chaparrón de escandalosas alusiones. La concurrencia se divertía. Encontraban las coplas más gustosas aún que el vino y reían con esa preferencia que muestra la gente rural por divertirse a costa de los infortunios. Se enfurecían todos haciendo causa común, si a un pescador le quitaban un *mornell* que valía unos reales, y reían como locos cuando a alguien le robaban la mujer.

...En las casas se abrían las ventanas con estrépito, asomando sombras blancas, algunas de las cuales avanzaban el cañón de la escopeta sobre el alféizar... El alcalde y su ronda que seguían de cerca de les *albaes*, presintiendo el escándalo, se mezclaron entre los combatientes...

El alcalde ordenó que les *albaes* siguieran su marcha... Se alejó la serenata como desmayada; en vano hacía escalas la dulzaina de Dimoni, pues los cantores, viendo seco el pellejo, sentían obstruida su garganta.

Fueron cerrándose las ventanas, la calle quedó solitaria...

Al día siguiente sólo se hablaba en el Palmar de lo ocurrido en les *albaes* frente a la casa de Cañamel.

Era el último día de jolgorio y vagancia para el pueblo. Se celebraba la fiesta del Cristo, y por la tarde la música se embarcaba para Catarroja, dejando al Palmar sumido en su tranquilidad de convento para todo el año...

...Se formaba la banda para tocar por última vez lo que la gente llamaba *el pasacalle de las anguilas*. Los músicos se consideraban chasqueados si al volver del Palmar no llevaban alguna

pesca a sus familias. Todos los años, antes de partir, recorrían el pueblo entonando el último pasodoble mientras al frente del bombo algunos chiquillos con espuelas iban recogiendo lo que cada vecina quería darles: anguilas, tencas y lisas, sin contar el *llobarro* (la buscada lubina) que los clavarios reservaban para el músico mayor.

La música rompió a tocar, andando con paso lento para que las pescadoras depositasen sus ofrendas”.

2.- La Procesión del Encuentro.

La Semana Santa del Cabañal es actualmente una de las manifestaciones religiosas más importantes en el ámbito valenciano.

Blasco describe aquí en la novela *Flor de Mayo*, sin lugar a dudas la procesión del Encuentro. El momento en el cual se reúnen Jesucristo y su Madre, después de la Resurrección. Las fechas aquí no acaban de concordar porque parece que no se realiza el domingo de Resurrección, sino un día o dos antes, si pensamos que la mañana del sábado era el momento de la Resurrección, con las campanas al vuelo y las mujeres en sus casas tocando las aldabas de sus puertas, creando un ambiente ensordecedor.

Blasco lo cuenta, como siempre, con su puntito de ironía, poniendo de relieve los disfraces, que en aquella época no se conservaban en muy buenas condiciones, y llega a decir que parecía que carnaval había caído en Viernes Santo y aún duraba en Pascua.

“Tronaba en las calles del Cabañal, a pesar de que el día había amanecido sereno. La gente echándose de la cama, aturdida por este ruido sordo e incesante, igual al tableteo de lejanos truenos. Las vecinas, desgredadas, con los ojos turbios y ligeras de ropa, salían a las puertas para ver con la azulenca luz del alba cómo pasaban los fieros judíos, autores de tanto estrépito, golpeando los parches de sus destemplados y fúnebres atabales.

Los más grotescos figurones asomaban en las esquinas, como si, barajándose el almanaque, Carnaval hubiese caído en Viernes Santo.

La juventud del pueblo echándose a la calle disfrazada con los extraños trajes de una mascarada tradicional, que no otra cosa resultaba la procesión del Encuentro.

Pasaban a lo lejos, como pelotón de negras cucarachas, los encapuchados, las *vestas*, con la aguda y enorme caperuzas de astrólogo o juez inquisitorial, el antifaz de paño arrollado sobre la frente, una larga varilla de ébano en la mano, y arrollada sobre el brazo la larga cola del fúnebre ropón. Algunos, como suprema coquetería, llevaban enaguas de blancura deslumbrante, rizadas y encañonadas, y asomando por bajo de ellas los recogidos pantalones y las botas con elásticos, dentro de las cuales el pie enorme, acostumbrado a ensancharse con libertad sobre la arena, sufría indecibles angustias.

Venían después los judíos, fieros mamarrachos que parecían arrancados de un escenario humilde donde se representasen dramas de la Edad Media con ropería pobre y convencional. Era su indumentaria la que el vulgo conoce con el nombre vago y acomodaticio de *traje de guerrero*: tonelete cuajado de lentejuelas, bordados y franjas, como la túnica de un piel roja; casco rematado por un escandaloso penacho de rabos de gallo, y los miembros ceñidos por un tejido grueso de algodón que modestamente imitaba la malla de acero. Como un colmo de la caricatura y el despropósito, entre las fúnebres *vestas* y los imponentes judíos pasaban los *granaderos de la Virgen*, buenos mozos con enormes mitras semejantes a las gorras de los soldados de Federico el Grande y un uniforme negro adornado con galones de plata que parecían despegados de algún ataúd.

Era cosa de reír ante tan extrañas cataduras; pero ¡a ver quién era el guapo que se atrevía a ello, arrostrando el fervor profesional de aquellos rostros atezados y graves!... Además, no puede uno reírse impunemente de los cuerpos armados; judíos y granaderos para la custodia de Jesús crucificado o de su Santa Madre, llevaban desenvainadas todas las armas blancas, conocidas desde la edad primitiva hasta el presente: empezando por el enorme sable de Caballería, para terminar en el espadín de músico mayor.

Corrían tras ellos los muchachos, embobados por los vistosos uniformes, Madres, hermanas y amigas admirábanlos desde las puertas, lanzando un “¡Reina y Señora, qué guapos van!”. Y esta mascarada piadosa servía para recordar a la Humanidad olvidadiza y pecaminosa que antes de una hora Jesús y su Madre iban a encontrarse en mitad de la calle de San Antonio, casi a la puerta de la taberna del Tío Chulla.

Según avanzaba el día y la luz lívida del amanecer tomaba los tintes rosados y calientes de la mañana, aumentaba en las calles el ronquido estrepitoso de los tambores, el chillido de las cornetas y las marciales marchas de las músicas, como si un ejército invadiese el Cabañal.

Las *collas* se habían reunido, y en filas de a cuatro marchaban sus guerreros, tiesos, solemnes y admirados como vencedores. Iban a la casa de su respectivo capitán para recoger la bandera que ondeaba en el tejado, fúnebres estandartes de terciopelo negro ostentando bordados los horripilantes atributos de la Pasión...

El *Retor* era por herencia capitán de los judíos, y siendo todavía de noche saltó de su cama para embutirse en el hermoso traje guardado en un arcón durante el resto del año y apreciado por toda la familia como el tesoro de la casa.

¡Válgale Dios, y que angustias pasaba el pobre *Retor*, cada año más rechoncho y fornido para introducirse en la apretada malla de algodón!

Su mujer... le zarandeaba, tirando de un lado, apretando por otro, para ajustar dentro del mallón las cortas piernas y el vientre de su *Retor*, mientras Pascualet, sentado en la cama, miraba con asombro a su padre, como si no le reconociera con aquel casco de indio bravo erizado de plumajes y el terrible sable de Caballería, que al menor movimiento chocaba contra los muebles y rincones produciendo un estrépito de mil diablos.

Por fin terminó el penoso tocado. Algo mal estaba, pero ya era hora de terminar. Las ropas interiores, arrolladas por la opresión de la malla, se habían apelotonado y las piernas del judío parecían plagadas de tumores. Apretábale el vientre el maldito calzón, hasta hacerle palidecer; la celada por exceso de engrase, le caía sobre el rostro lastimándole la nariz ¡pero la dignidad ante todo! Y tirando del sablote e imitando con voz sonora el redoble del tambor, púsose a dar majestuosas zancadas por la habitación, como si su hijo fuese un príncipe a quién hacía guardia...

Ya llegaban: oíase a lo lejos la música de los judíos que venían por su estandarte...

Sonaban acompañados los tambores ante la puerta, y el vistoso escuadrón agitó los pies, el tronco y la cabeza con rítmico contoneo, sin moverse del sitio, mientras Tonet y dos guerreros más, con imperturbable gravedad, subían al balcón para recoger el estandarte...

Ya iban todas las *collas* camino de la iglesia, con la música al frente, ondeante la bandera negra y ofreciendo desde lejos el aspecto de un tropel de brillantes insectos arrastrándose con incesante contoneo.

Empezó la ceremonia del encuentro. Marchaban por distintas calles dos procesiones: en la una, la Virgen, dolorosa y afligida, escoltada por su guardia de sepulcrales granaderos; en la otra, Jesús, desmelenado y sudoroso, con la túnica morada hueca y cargada

de oro, abrumado bajo el peso de la cruz, caído sobre unos peñascos de corcho pintado que cubrían la peana, sudando sangre por todos los poros. Y en torno de él, para que no escapase, los inhumanos judíos, que, para mayor carácter, ponían un gesto feroz, y las *vestas*, con el capuchón calado y la cola arrastrando sobre los charcos, tan tétricas, tan sombrías, que los chicuelos rompían a llorar, refugiándose en los zagalejos de sus madres.

Los sordos parches seguían tronando, las trompetas lanzaban sonidos desgarradores, lamentos prolongados de ternero en el matadero; y en medio de esta chusma armada y feroz, iban pasando niñas talluditas con los carrillos cargados de colorette, vestidas de odaliscas de ópera cómica, con un cantarillo bajo el brazo para demostrar que eran la bíblica Samaritana, llevando en las orejas y la garganta el brillante aderezo tomado a préstamo por sus madres y completamente descubiertas las robustas pantorrillas, con polonesas y medias rayadas.

Pero estos pequeños detalles no abrían paso a la impiedad.

-¡*Siñor!*... ¡*Ay, Siñor, Déu meu!*- murmuraban con acento plañidero las viejas pescaderas, contemplando al ensangrentado Jesús en poder de la pillería excomulgada.

...Y cuando se burlaban demasiado fuerte de los grotescos figurones, no faltaba algún soldado de Pilatos que agitaba el espadón amenazante, rugiendo con indignación:

-¡*Morrals!*... ¡*Morrals!*... *¿veniu a burlarse?*

¡A burlarse de una fiesta tan antigua como el mismo Cabañal!... ¡Señor! De Valencia habían de ser, para atreverse a tanto.

La gente se agolpaba en el lugar del encuentro: una encrucijada de la calle de San Antonio, frente a los azulejos que marcaban con extrañas figuras las estaciones del Calvario. Allí se empujaban, para colocarse en primera fila, las inquietas pescaderas, rudas, agresivas, envueltas en sus mantones de cuadros y con el pañuelo sobre los ojos...

Avanzaban en opuesta dirección las dos procesiones, moderando su paso, deteniéndose, calculando la distancia para llegar con exacta precisión al lugar del encuentro.

La morada túnica de Jesús centelleaba bajo los primeros rayos del sol por encima del bosque de plumajes, cascos y espadones en alto, que erizaba la luz matinal de deslumbrantes reflejos. Por otro lado avanzaba la Virgen, contoneándose al compás del paso de sus portadores, vestida de terciopelo negro, y cubierta con una gasa fúnebre, al través de la cual brillaban sobre su rostro de cera las lágrimas. Para ellas llevaba, sin duda, en las inmóviles manos un pañuelo rizado y encañonado.

Era ella la que atraía la atención de las mujeres. Muchas lloraban. “¡Ay, Reina y Soberana!” Aquel encuentro partía el alma. ¡Ver una madre a su hijo en tal estado! Era lo mismo -aunque la comparación resultase mala- que si ellas encontraran a sus chicos, tan buenos y honrados, camino del presidio.

Llegó el instante del encuentro. Cesaron los tambores sus destemplados redobles; apagaron las trompetas sus lamentables alaridos; callaron las fúnebres músicas; se quedaron las dos imágenes inmóviles frente a frente, y sonó una voz quejumbrosa cantando con monótono ritmo varias cancioncillas, en las que se describía lo conmovedor del encuentro.

La gente oía, embobada, al tío *Grancha*, un viejo *velluter* que todos los años venía de Valencia a cantar por entusiasmo piadoso en esta fiesta. ¡Qué voz! Sus quejidos partían el corazón; y cuando los bebedores de la inmediata taberna de *Chulla* reían demasiado fuerte, estallaba una protesta general de la silenciosa muchedumbre y los devotos clamaban indignados:

¡Calléu... recordóns!

Subieron y bajaron las imágenes, lo que equivalía para la gente a dolorosos y desesperados saludos que se dirigían la Madre y el Hijo; y mientras se verificaban estas ceremonias y cantaba sus coplas el tío Grancha...

Mientras, las dos procesiones se unían, volviendo juntas a la iglesia...

Al día siguiente, cuando las campanas empezaban a voltear el toque de Gloria, cuando sonaban cohetes y tiros en las calles, y los muchachos aporreaban las puertas con garrotes, la Garbosa, aquella ruina del mar, aparejada como barca pescadora, extendía su gran vela latina, blanca, sólida y nueva, y se alejaba de la playa del Cabañal.

En la novela *La Barraca* veremos dos temas, que aunque no lo parece, también los estudiamos al hilo del empleo de la música. Los temas son: La salmodia de la escuela y l'Albaet.

3.- La escuela en la huerta, con sus carencias y sus virtudes; carencias materiales, pero muy rica en maestros, empeñados en hacer de sus alumnos, que apenas les entendían, unos hombres de bien. Da la impresión que el maestro fundamentalmente les quiere enseñar a hablar i después a comportarse. Básico, pero imprescindible.

Un maestro que era de la churrería, que cantaba en el coro de Alboraya durante la misa mayor, que había viajado...

Veamos como lo cuenta Blasco Ibáñez:

“Era un rumor de avispero, un susurro de colmena, lo que oían los huertanos al pasar frente al Molino de la Cadena, por el camino que va al mar. Una espesa cortina de álamos cerraba la plazoleta formada por el camino al ensancharse ante el amontonamiento de viejos tejados, paredes agrietadas y viejos ventanucos del molino, fábrica antigua y ruinosa, montada sobre la acequia y apoyada en dos gruesos machones, por entre los cuales caía la corriente en espumosa cascada.

El ruido lento y monótono que surgía entre los árboles era el de la escuela de D. Joaquín, restablecida en una barraca oculta por la fila de álamos.

Nunca el saber se vió peor alojado; y eso que por lo común, no habita palacios.

Era una barraca vieja, sin más luz que la de la puerta y la que se colaba por las grietas de la techumbre; las paredes de dudosa blancura; pues la señora maestra, mujer obesa que vivía pegada a su silleta de esparto, pasaba el día oyendo y admirando a su esposo; unos cuantos bancos, tres carteles de abecedario mugrientos, rotos por las puntas, pegados al muro con pan mascado, y en el cuarto inmediato a la escuela, unos muebles, pocos y viejos, que parecían haber corrido media España.

En toda la barraca no había más que un objeto nuevo: la luenga vara que el maestro tenía detrás de la puerta, y que renovaba cada dos días en el cañaverál vecino, siendo una felicidad que el género resultase tan barato, pues se gastaba rápidamente sobre las duras y esquiladas testas de aquellos pequeños salvajes.

Libros apenas si se veían tres en la escuela: una misma cartilla servía a todos. ¿Para qué más? Allí imperaba el método moruno: canto y repetición, hasta meter las cosas con un continuo martilleo en las duras cabezas.

A causa de esto, desde la mañana hasta el anochecer, la vieja barraca soltaba por su puerta una melopea fastidiosa, de la que se burlaban todos los pájaros del contorno.

- Pa...dre nuestro, que... estás... en los cielos...

- Santa... María...

-Dos por dos..., cuatro...

Y los gorriones, los pardillos y las calandrias, que huían de los chicos como del demonio cuando los veían en cuadrilla por los senderos, posábanse con la mayor confianza en los árboles inmediatos, y hasta se paseaban con sus saltadoras patitas frente a la puerta de la escuela, riéndose con escandalosos gorjeos de sus fieros enemigos, viéndolos enjaulados, bajo la amenaza de la caña, condenados a mirarlos de reojo sin poder moverse y repitiendo un canto tan fastidioso y feo.

De cuando en cuando enmudecía el coro y sonaba, majestuosa la voz de D. Joaquín, soltando su chorro de sabiduría.

-¿Cuántas son las obras de misericordia?...

- Dos por siete ¿cuántas son?...

Y rara vez quedaba contento de las contestaciones.

-Son ustedes unos bestias. Me oyen como si les hablase en griego. ¡Y pensar que los trato con toda finura como en un colegio de la ciudad para que aprendan ustedes buenas formas y aprendan a hablar como las personas!... En fin tienen ustedes a quién parecerse: son tan brutos como sus señores padres, que ladran; les sobra dinero para ir a la taberna e inventan mil excusas para no darme el sábado los dos cuartos que me pertenecen.

Y paseábase indignado, especialmente al quejarse de los olvidos del sábado. Bien se notaba en el aspecto de su persona, que parecía dividida en dos partes.

Abajo, alpargatas rotas, siempre manchadas de barro; viejos pantalones de pana, manos escamosas, ásperas, conservando en las grietas de la piel la tierra de su huertecito, un cuadrado de hortalizas que tenía frente a la barraca, y muchas veces era lo único que llenaba su puchero. Pero de cintura para arriba mostrábase, el señorío “la dignidad del sacerdote de la instrucción”, como él afirmaba; lo que le distinguía de toda la gente de las barracas, gusarapos pegados al surco: una corbata de colores chillones sobre la sucia pechera, bigote cano y mofletudo partiendo su rostro mofletudo y arbolado, y una gorra azul con visera de hule, recuerdo de uno de los muchos empleos que había desempeñado en su accidentada vida.

Esto era lo que le consolaba de su miseria; especialmente aquella corbata, adorno que nadie llevaba en todo el contorno y el lucía como un signo de suprema distinción: algo así como el Toisón de Oro de la huerta. La gente de la huerta respetaba a D. Joaquín, aunque en lo concerniente a sostener su miseria anduviese remisa y remolona. ¡Lo que aquel hombre había visto!... ¡Lo que llevaba corrido por el mundo!... Unas veces empleado ferroviario; otras, ayudando a cobrar contribuciones en las más apartadas regiones de España; hasta se decía que había estado en Cuba como guardia civil. En fin: que era un pájaro gordo venido a menos.

-Don Joaquín –decía su gruesa mujer, que era la primera en sostenerle el tratamiento- nunca se ha visto como hoy: somos de muy buena familia. La desgracia nos ha traído aquí; pero hemos paleado las onzas.

Y las comadres de la huerta, sin perjuicio de olvidarse alguno que otro sábado de los dos cuartos de la escuela, respetaban como un ser superior a D. Joaquín, reservándose un poco de burla para la casaquilla verde con faldones cuadrados que se endosaba los días de fiesta, cuando cantaba en el coro de la iglesia de Alboraya durante la misa mayor.

Empujado por la miseria, había caído allí con su enorme y blanducha mitad como podía haber caído en otra parte. Ayudaba al secretario del pueblo cercano en los trabajos extraordinarios, preparaba con hierbas, de él tan solo conocidas, ciertos cocimientos que operaban milagros en las barracas. Todos reconocían que aquel tío sabía mucho, y sin título de maestro ni miedo de que nadie se acordase de él para quitarle una escuela que no daba ni para pan, iba logrando, a fuerza de repeticiones y cañazos, que deletreasen y permaneciesen

inmóviles todos los pillos de cinco a diez años que en días de fiesta apedreaban a los pájaros, robaban la fruta y apedreaban a los perros en los caminos de la huerta.

¿De dónde era el maestro? Todas las vecinas lo sabían: de muy lejos, de allá de la churrería. Y en vano se pedían más explicaciones, pues para la ciencia geográfica de la huerta todo el que no habla valenciano es de la churrería. No eran flojos los trabajos sufridos por D. Joaquín para hacerse entender de sus discípulos y que no reculasen ante el idioma castellano. Los había de ellos que llevaban dos meses en la escuela y abrían desmesuradamente los ojos y se rascaban el cogote sin entender lo que el maestro quería decirles con unas palabras jamás oídas en su barraca.

¡Cómo sufría el pobre señor! ¡Él que cifraba los triunfos de su enseñanza en su finura, en su distinción de modales, en lo bien hablado que era, según declaración de su esposa!

Cada apalabra que sus discípulos pronunciaban mal- y no decían bien una sola-le hacía dar bufidos y levantar las manos con indignación hasta tocar el ahumado techo de su vivienda. Estaba orgulloso de la urbanidad con que trataba a sus discípulos.

Esta barraca humilde, decía a los treinta chicuelos que se apretaban y empujaban en los estrechos bancos, oyéndolo entre aburridos y temerosos de la caña, la deben mirar ustedes como si fuese el templo de la cortesía y la buena crianza. ¡Que digo el templo! Es la antorcha que brilla y disuelve las sombras de barbarie de esta huerta. Sin mí, ¿qué serían ustedes? Unas bestias y perdonen la palabra; lo mismo que sus señores padres, a los que no quiero ofender. Pero con la ayuda de Dios, han de salir ustedes de aquí como personas cumplidas, sabiendo presentarse en cualquier parte, ya que han tenido la buena suerte de encontrar un maestro como yo. ¿No es así?...

Y los muchachos contestaban con furiosas cabezadas, chocando algunos la testa con la del vecino, y hasta su mujer, conmovida por lo del templo y la antorcha, cesaba de hacer media y echaba atrás la silleta de esparto para envolver a su esposo en una mirada de admiración.

Interpelaba a toda aquella pillería roñosa, de pies descalzos y faldones al aire, con desmesurada urbanidad.

-A ver, señor de Llopis, levántese usted.

Y el señor de Llopis, un granuja de siete años, con el pantalón a media pierna, sostenido por un tirante, echábase del banco abajo y se cuadraba ante el maestro, mirando de reojo la terrible caña.

Hace un rato que veo a usted hurgándose las narices y haciendo pelotillas. Vicio feo, señor de Llopis; crea usted a su maestro. Por esta vez pase, porque es usted aplicado y sabe la tabla de multiplicar; pero la sabiduría es poca cosa cuando no va acompañada por la buena crianza. No olvide usted esto, señor de Llopis.

Y el de las pelotillas lo aprobaba todo, contento de salir de la advertencia sin cañazo, cuando otro grandullón, que estaba a su lado en el banco, y debía guardar antiguos resentimientos, al verlo en pie y con las posaderas libres, le aplicó en ellas un pellizco traidor.

¡Ay! ¡Ay!... *siñor* maestro- gritó el muchacho-. *Morros d'aca me pellisca.*

Qué explosión de cólera la de D. Joaquín. Lo que más le irritaba era la afición de los muchachos a llamarse por los apodos de sus padres y aún a fabricarlos nuevos.

¿Quién es *Morros d'aca*?... el señor de Peris querrá usted decir. ¡Qué modo de hablar Dios mio! Parece que esto sea una taberna... ¡Si a lo menos hubiese dicho *Morros de jaca*! Descrísmese usted enseñando a estos imbéciles. ¡Brutos!...

Y enarbolando la caña, empezó a repartir sonoros golpes: al uno por el pellizco, y al otro, por “impropiedad de lenguaje” como decía, bufando, D. Joaquín sin parar en sus cañazos...

Pasados estos incidentes, volvía otra vez la lección cantada, y la arboleda parecía estremecerse de fastidio al tamizar entre sus ramajes este monótono sonsonete.

Algunas tardes oíase un melancólico son de esquilas, y toda la escuela se agitaba de contento. Era el rebaño del tío *Tomba*, que se aproximaba. Todos sabían que llegando el viejo con su ganado había un par de horas de asueto...

Sentábase en el banco de ladrillos inmediato a la puerta, y el maestro y el pastor hablaban, admirados en silencio por D^a Josefa y los más grandecitos de la escuela, que lentamente se iban aproximando para formar corro.

El tío *Tomba*, que hasta por las sendas iba siempre conversando con sus ovejas, hablaba al principio con lentitud, como hombre que teme revelar su defecto; pero la charla del maestro iba enardecándolo, y no tardaba a lanzarse en el inmenso mar de sus eternas historias. Lamentábase de lo pésimamente que va España, repetía las noticias de los que venían de la ciudad, abominaba de los malos gobiernos, que tienen la culpa de las malas cosechas, y acababa por decir lo de siempre.

-Aquellos tiempos, don Joaquín..., aquellos tiempos míos eran otros. Usted no los ha conocido, pero también los de usted eran mejores que estos. Vamos cada vez peor... ¡Lo que verá toda esa gente menuda cuando sean hombres!....

Delataba con su malicia senil un pasado de luchas en la huerta, de emboscadas y astucias, un completo desprecio por la vida de sus semejantes.

El maestro, temeroso de que esto quebrantase la moral de su gente, cambiaba el curso de la conversación hablando de Francia, el gran recuerdo del tío *Tomba*...

Los quejidos del rebaño llamaban, finalmente, la atención del maestro.

-Seores míos- gritaba a los audaces discípulos- al mismo tiempo que requería la caña-, todos aquí ¿Se imaginan que no hay más que pasar el día divirtiéndose?... En este centro se trabaja.

Y para demostrarlo con el ejemplo, movía la caña que era un gusto, metiendo a golpes en el redil de la sabiduría a todo el rebaño de pilletes jugueteros.

-Con permiso de usted, tío *Tomba*: hace más de dos horas que estamos hablando. Tengo que continuar la lección.

Y mientras el pastor, despedido cortésmente, guiaba sus ovejas hacia el molino, para repetir allí sus historias, empezaba de nuevo en la escuela el canturreo de la tabla de multiplicar, que era para los discípulos de D. Joaquín el gran alarde de sabiduría.

A la caída del sol soltaban los muchachos su último cántico, dando gracias al Señor porque los había asistido con sus luces, y recogía cada cual el saquillo de la comida, pues como las distancias en la huerta no eran poca cosa, los chicos salían por la mañana de su barraca con provisiones para pasar el día en la escuela. Los viernes al salir de la escuela, escuchaban invariablemente todos ellos el mismo discurso:

Señores míos, mañana es sábado, recuérdenlo ustedes a sus señoras madres y háganles saber que el que mañana no traiga los dos cuartos no entrará en la escuela. A usted se lo digo especialmente, señor de... tal y a usted señor de... cual – y así soltaba una docena de nombres-. Tres semanas que no traen ustedes el estipendio prometido, y así no es posible la instrucción ni puede procrear la ciencia, ni combatirse con desahogo la barbarie nativa en estos campos. Yo lo pongo todo: mi sabiduría, mis libros- y miraba las tres cartillas que iba

recogiendo su mujer cuidadosamente para guardarlas en la vieja cómoda-, y ustedes no traen nada. Lo dicho, el que mañana llegue con las manos vacías no pasará de esa puerta. Aviso a las señoras madres.

Formaban los muchachos por parejas, cogidos de la mano- lo mismo que en los colegios de Valencia ¿qué se creían algunos?-, y salían de la barraca, besando antes la diestra escamosa de don Joaquín y repitiendo todos de corrido al pasar junto a él:

-¡Usted lo pase bien! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!

Acompañábalos el maestro hasta la plazoleta del molino, que era una estrella de caminos y sendas, y allí deshacíase la formación en pequeños grupos, alejándose hacia distintos puntos de la vega.

-¡Ojo señores míos, que yo los vigilo!- gritaba don Joaquín como última advertencia-. Cuidado con robar frutas, hacer pedreas o saltar acequias. Yo tengo un pájaro que todo me lo comunica; y si mañana sé algo malo, andará la caña suelta como un demonio.

Y, plantado en la plazoleta, seguía mucho rato con la vista el grupo más numeroso, que se alejaba camino de Alboraya...

Aún sonaban en sus oídos las palabras del maestro: la amenaza del maldito pájaro que todo lo veía y todo lo contaba. Algunos se reían incrédulamente, pero de dientes afuera. ¡Aquel *tío* sabía tanto!

4.- L'Albaet.

“Aquel día la batalla (con los compañeros) había sido dura. ¡Ah los bandidos! Los dos mayores estaban magullados, era lo de siempre: no había que hacer caso. Pero el pequeñín, el Obispo, como cariñosamente le llamaba su madre, estaba mojado de pies a cabeza y lloraba temblando de miedo y de frío.

La feroz pillería lo había arrojado en una acequia de aguas estancadas, y de allí lo sacaron sus hermanos, cubierto de légamo nauseabundo.

Teresa lo acostó en su cama al ver que el pobrecito seguía temblando entre sus brazos, agarrándose a su cuello y murmurando con voz semeiante a un balido.

-¡Mare! ¡Mare!...

La madre reanudó sus lamentaciones.

-¡Señor, danos paciencia!

Al anoecer, cuando ya iban a retirarse, los llamó a grandes gritos Teresa, desde la puerta de la barraca. Era como si pidiese socorro.

-¡Batiste! ¡Batiste!... *Vine pronte.*

Y Batiste corrió a través del campo, asustado por el tono de voz de su mujer. Luego vió que se mesaba los cabellos gimiendo.

El chico se moría; bastaba verlo para convencerse.

La muerte del pequeño se había transmitido rápidamente por todo el contorno, gracias a la extraña velocidad con que circulan en la huerta las noticias, saltando de barraca en barraca en alas del chismorreo, el más rápido de los telégrafos...

...Y entre las nieblas del sueño, (los vecinos) creían ver a Pascualet blanco y luminoso como un ángel, mirando con ojos de reproche a los que tan duros habían sido con él y su familia. Cuando apenas acababa de amanecer ya se colaron en la barraca dos viejas que vivían en una alquería vecina. La familia, consternada, apenas si mostró extrañeza por la presentación de estas dos mujeres en aquella casa, donde nadie había entrado durante seis meses. Querían ver al niño, al pobre *albaet*; y entrando en el *estudi*, lo contemplaron todavía

en la cama, el embozo de la sábana hasta el cuello, marcado apenas el bulto de su cuerpo bajo la cubierta, con la cabeza rubia inerte sobre el almohadón. La madre no sabía más que llorar, metida en un ángulo del cuarto,, encogida, apelonada, pequeña como una niña, como si se esforzase por anularse o desaparecer.

Después de estas mujeres entraron otras y otras. Era un rosario de comadres llorosas que iban llegando de todos los lados de la huerta, y rodeaban la cama, besaban el pequeño cadáver, y parecían apoderarse de él como si fuera cosa suya dejando a un lado a Teresa y su hija. Estas rendidas por el insomnio y el llanto, parecían idiotas, descansando sobre el pecho la cara enrojecida y escaldada por las lágrimas....

La aparición de una mujercita débil y pálida pareció animar con una ráfaga los penosos recuerdos de toda la familia. Era Pepeta, la mujer de Pimentó.

Pero Pepeta se fue directamente a la cama apartando a las otras mujeres. Llevaba en los brazos un enorme haz de flores y hojas que esparció sobre el lecho. Los primeros perfumes de la naciente primavera, se extendieron por el cuarto, que olía a medicinas, y cuyo ambiente, pesadísimo, parecía cargado de insomnio y suspiros.

-¡Fill meu!... ¡Pobret meu!...

...La mujercita se enjugó las lágrimas. Miró asombrada, en torno. Aquello no podía quedar así. ¡El niño en la cama y todo desarreglado! Había que acicalar al *albaet* para su último viaje, vestirle de blanco, puro y resplandeciente como el alba, de la que llevaba el nombre.

Y con un instinto de ser superior nacido para el mando y que sabe imponer la obediencia, comenzó a dar órdenes a todas las mujeres. Ella iría a la ciudad con dos compañeras para comprar la mortaja y el ataúd; otras fueron al pueblo o se esparcieron por las barracas inmediatas, buscando los objetos encargados por Pepeta. Hasta el odioso Pimentó, que permanecía invisible, tuvo que trabajar en tales preparativos. Su mujer, al encontrarlo en el camino, le ordenó que buscara músicos para la tarde...

A las diez de la mañana, cuando Pepeta con sus dos compañeras, regresó de Valencia, estaba la barraca llena de gente.

Algunos hombres... formaban corro con Batiste a la puerta de la barraca: unos en cuclillas, a lo moro; otros sentados en silleas de esparto y hablando lentamente del tiempo y de las cosechas...

Algunas viejas se habían apoderado de la alacena, y a cada momento preparaban grandes vasos de agua con vino y azúcar, ofreciéndolos a Teresa y su hija, para que llorasen con más desahogo...

Pepeta comenzó a dar gritos queriendo imponer su autoridad en esta confusión. ¡Gente fuera! En vez de estar molestando, lo que debían hacer era llevarse a las dos pobres mujeres, extenuadas por el dolor, idiotas por tanto ruido....

Comenzó Pepeta el arreglo de la fúnebre pompa. Primeramente colocó en el centro de la entrada, la mesita blanca de pino en que comía la familia, cubriéndola con una sábana y clavando los extremos con alfileres. Encima tendió una colcha de almidonadas randas, y puso sobre ella el pequeño ataúd traído de Valencia, una monada que admiraban todas las vecinas: un estuche blanco galoneado de oro, mullido en su interior como una cuna.

Pepeta sacó de un envoltorio las últimas galas del muertecito: un hábito de gasa tejido con hebras de plata, unas sandalias, una guirnalda de flores, todo blanco, de rizada nieve, como la luz del alba, cuya pureza simbolizaba la del pobrecito *albaet*.

Lentamente con mimo maternal, fue amortajando el cadáver. Oprimía el cuerpecillo frío contra su pecho con arrebatos de estéril pasión, introducía en la mortaja los rígidos bracitos con escrupuloso cuidado, como fragmentos de vidrio que podían quebrarse al menor golpe, y besaba sus pies de hielo antes de acoplarlos a tirones en las sandalias.

Sobre sus brazos como una paloma blanca, yerta de frío, trasladó al pobre Pascualet a la caja, a aquel altar levantado en medio de la barraca, ante el cual iba a pasar toda la huerta atraída por la curiosidad.

Aun no estaba todo, faltaba lo mejor: la guirnalda, un bonete de flores blancas con colgantes que pendían sobre las orejas; un adorno salvaje, igual a los de los indios de teatro. La piadosa mano de Pepeta, empeñada en tenaz batalla con la muerte, tiñó las pálidas mejillas con rosado colorete; la boca del muertecito, ennegrecida, se reanimó bajo una capa de encendido bermellón, pero en vano pugnó la sencilla labradora por abrir desmesuradamente sus flojos párpados. Volvían a caer cubriendo sus ojos mates, entelados, sin reflejo, con la tristeza gris de la muerte.

¡Pobre Pascualet!... ¡Infeliz Obispillo! Con su guirnalda extravagante y su cara pintada estaba hecho un mamarracho. Más ternura dolorosa inspiraba su cabecita pálida, con el verdor de la muerte, caída en la almohada de su madre, sin más adornos que sus cabellos rubios.

Pero todo esto no impedía que las buenas huertanas se entusiasmasen con su obra. “¡Miradlo!... ¡Si parecía dormido!... ¡Tan hermoso! ¡Tan sonrosado!...” Jamás se había visto un albaet como este.

Y llenaban de flores los huecos de su caja: flores sobre la blanca vestidura, flores esparcidas en la mesa, apiladas formando ramos en los extremos. Era la vega entera abrazando el cuerpo de aquel niño que tantas veces había visto saltar por sus senderos como un pájaro, extendiendo sobre su frío cuerpo una oleada de perfumes y colores...

Al mediodía Teresa, escapándose casi a viva fuerza del cautiverio en que la guardaban las vecinas, volvió a la barraca. Su cariño de madre le hizo sentir una viva satisfacción ante los atavíos del pequeño. Le besó en la pintada boca y redobló sus gemidos....

Por la tarde aún fueron más numerosas las visitas. Las mujeres llegaban con el traje de los días de fiesta, puestas de mantilla para asistir al entierro; las muchachas disputábanse con tenacidad ser de las cuatro que habían de llevar al pobre albaet hasta el cementerio.

Andando lentamente por el borde del camino y huyendo del polvo como de un peligro mortal, llegó una gran visita don Joaquín y doña Pepa, el maestro y su señora. Aquella tarde, con motivo del infausto suceso, no había escuela...

Por allí andaba Pimentó que acababa de llegar de la taberna con cinco músicos...

Dentro sonaban lamentos, consejos dichos con voz enérgica, un rumor de lucha. Era Teresa queriendo separar a Pepeta del cadáver de su hijo. Vamos, había que ser razonable, el albaet no podía estar allí para siempre; se hacía tarde, y los malos tragos, pasarlos pronto.

Y pugnaba con la madre por apartarla del ataúd, por obligarla a que entrase en el estudi y no presenciase el terrible momento de la salida, cuando el albaet, levantado en hombros, alzase el vuelo con las blancas alas de su mortaja para no volver más.

¡Fill meu!... ¡Rey de sa mare!...

-Gemía la pobre Pepeta.

Ya no lo vería más; un beso..., otro. Y la cabeza, cada vez más fría y lívida a pesar del colorete, moviase de un lado a otro de la almohada, agitando su diadema de flores entre las manos ansiosas de la madre y de la hermana, que se disputaban el último beso.

A la salida del pueblo estaba aguardando el señor vicario con el sacristán y los monaguillos: no era caso de hacerlos esperar. Pepeta se impacientaba. "¡Adentro, adentro!". Y, ayudada por otras mujeres, Pepeta y su hija fueron metidas casi a viva fuerza en el estudi, revolviéndose desgreñadas, rojos los ojos por el llanto, el pecho palpitante a impulsos de una protesta dolorosa, que ya no gemía sino aullaba.

Cuatro muchachas con hueca falda, mantilla de seda caída sobre los ojos y aire pudoroso y monjil, agarraron las patas de la mesilla levantando todo el blanco catafalco. Como el disparo que saluda a la bandera que se iza, sonó un gemido extraño, prolongado, horripilante, algo que hizo correr frío por muchas espaldas. Era el perro despidiendo al pobre albaet...

Fuera don Joaquín daba palmadas de atención: "¡A ver!... ¡que forme toda la escuela!". La gente del camino se había aproximado a la barraca. Pimentó capitaneaba a sus amigos los músicos; preparaban estos sus instrumentos para saludar al albaet, apenas traspusiese la puerta, y entre el desorden y el griterío con que se iba formando la procesión gorjeaba el clarinete, hacía escalas el cornetín y el trombón bufaba como un viejo gordo y asmático.

Emprendieron la marcha los chicuelos, llevando en alto grandes ramos de albahaca. Don Joaquín sabía hacer bien las cosas. Después rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo el blanco y ligero altar sobre el cual iba el pobre albaet, acostado en su ataúd, moviendo la cabeza con ligero vaivén, como si se despidiese de la barraca.

Los músicos rompieron a tocar un vals juguetón y alegre, colocándose detrás del féretro, y después de ellos abalanzáronse por el camino, formando apretados grupos todos los curiosos...

Batiste, solo bajo la parra, sin abandonar su postura de oriental impasible, mordía su cigarro siguiendo con los ojos la marcha de la procesión. Esta comenzaba a ondular por el camino grande, marcándose el ataúd y su catafalco como una enorme paloma blanca entre el desfile de ropas negras y ramos verdes...

Y de lejos por entre el ramaje, arrastrándose sobre las verdes olas de los campos, contestaban los ecos del vals que iba acompañando al pobre *albaet* hacia la eternidad, balanceándose en su barquilla blanca galoneada de oro. Las escalas enrevesadas del cornetín. Las cabriolas diabólicas, parecían una carcajada metálica de la muerte, que con el niño en sus brazos se alejaba a través de los esplendores de la vega.

A la caída de la tarde fueron regresando los del cortejo...

El padre, siempre silencioso e impasible, recibía las visitas, estrechaba manos, agradecía con movimientos de cabeza los ofrecimientos y las frases de consuelo.

Al cerrar la noche no quedaba nadie. La barraca estaba oscura, silenciosa. Por la puerta abierta y lóbrega llegaba como un lejano susurro la respiración cansada de la familia, todos caídos, como muertos de la batalla con el dolor.

En la novela *Cañas y Barro*, Blasco Ibáñez habla también de los *albaets*. El tema se presenta en el momento de las votaciones de los puestos de pesca, *redolins*, en el Palmar y ante la sugerencia de qué los que no habían pagado a Hacienda ese año no entrasen en el sorteo se levantó un pescador con el siguiente discurso.

“Al restablecerse el silencio y ocupar todos sus sitios se levantó un hombre enfermizo, de cara pálida, con un resplandor malsano en los ojos. Hablaba lentamente, con voz desmayada; sus palabras se cortaban a lo mejor por un escalofrío. El era de los que no habían pagado, tal vez nadie debía tanto como él. En el sorteo anterior le tocó uno de los últimos puestos, y no había pescado ni para dar de comer a su familia. En un año había perchado dos veces hacia Valencia llevando en el fondo del barquito dos cajas blancas con galones dorados, dos monerías que le hicieron pedir dinero a préstamo... Pero ¡ay!, ¿qué menos puede pedir un padre que adornar bien a sus pequeños cuando se van para siempre?... se le habían muerto dos hijos por comer mal, como decía el padre Miquel allí presente, y después él había pillado las tercianas trabajando y las arrastraba meses y meses. No pagaba porque no podía. ¿Y por eso iban a quitarle el derecho a la fortuna? ¿No era él de la sociedad de cazadores como lo fueron sus padres y sus abuelos?...

Se hizo un silencio doloroso, en el que podía oírse el sollozar del infeliz, caído sin fuerzas en su asiento, con la cara entre las manos, como avergonzado de su confesión.

¡No, redéu, no! –gritó una voz temblona con una energía que conmovió a todos. Era el tío Paloma”.

D. José Martínez Vercher utiliza el tema en una pieza de teatro bilingüe: *En la velà d'un Albat* en un acto y en verso, del año 1865.

Actualmente, el poeta Hermelando Bosch y Mellado recrea el tema en un poema que titula *Volteig de campanes*:

Quan mor un xiquet és albat,
també té toc per les dones,
i abans que el dia haja acabat
tocarà també toc d'hòmens.

Prepara una obra musical con este tema.

Bibliografía:

- Blasco Ibáñez, Vicente: *Obras Completas*, Madrid. Editorial Aguilar, 1976.
Martínez Vercher, José: *En la Velà d'un Albat*. Valencia. Imprenta de D. José Mateu Garín. Valencia, 1865.
Bosch y Mellado, Hermelando: *La Falaguera. Poemari*. Editorial Neopàtria. Alzira, València, 2014.
Mateu Mateu, M^a Teresa: *La Música en Blasco Ibáñez*. Congreso Internacional. Año Blasco. Diputación de Valencia, 1998.